

# Los patines mágicos





Mientras Luli se calzaba los patines y se iba a dar una vuelta por Prado se preguntaba por qué cada vez que se subía a los patines sentía un miedo increíble.

Eso no podía seguir sucediendo.  
Tenía que superarlo.  
Tenía que hacer un esfuerzo y atreverse a patinar  
sin que su madre estuviera cerca, atenta a las caídas.







Una tarde, comenzó a andar por la vereda y los patines sorprendentemente comenzaron a ganar velocidad.

Sus amigos Andrés y Sofía vieron cómo pasaba delante de ellos como un rayo, preguntándose si efectivamente aquella ráfaga tan veloz era o no era Luli.

Intentaron seguir la estela de luz, pero no pudieron. Al aproximarse a la esquina, los patines doblaron solos con prisa

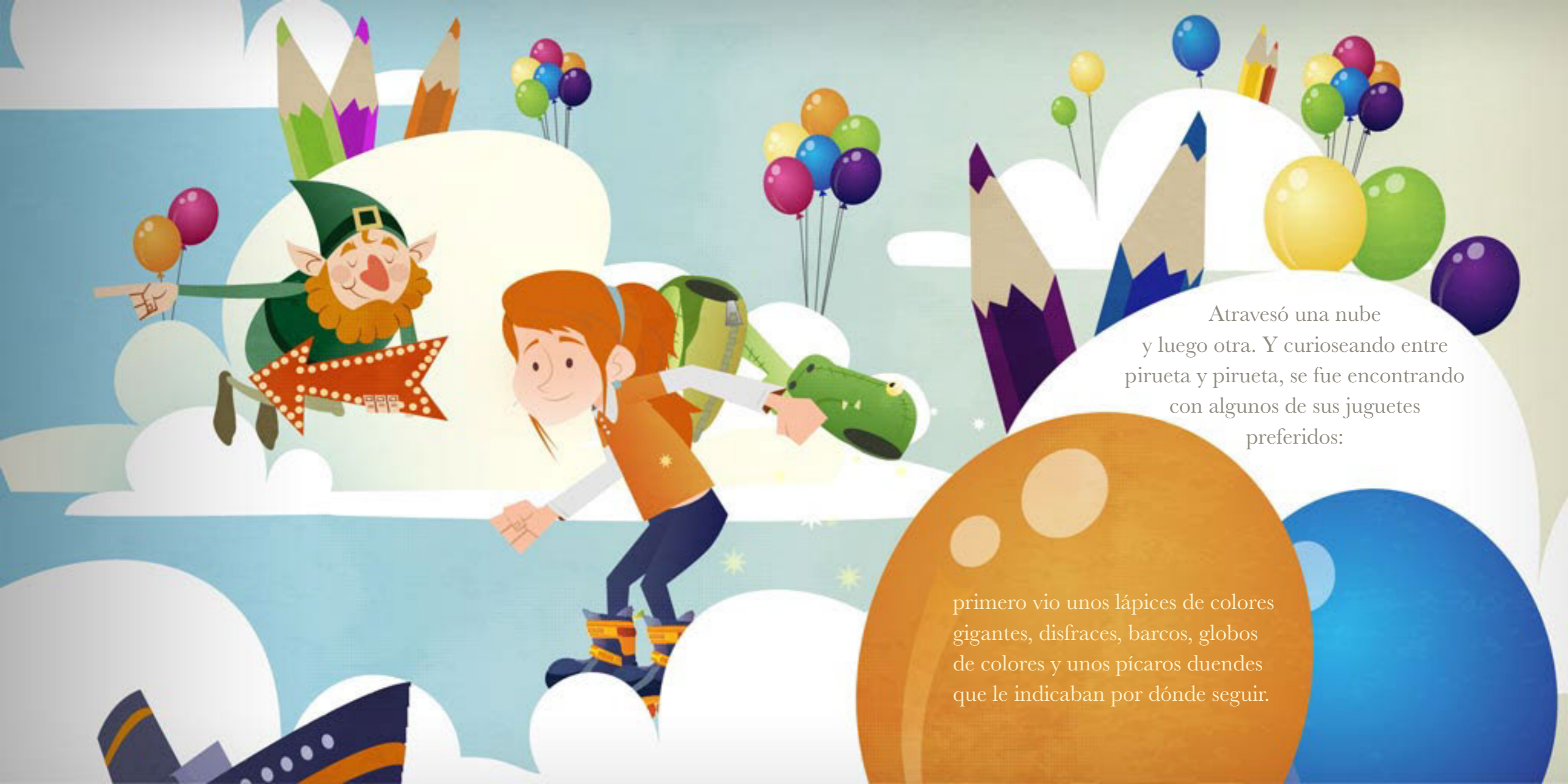




—Guácala! —Gritó Luli viendo cómo ahora los patines comenzaban a despegarse del piso sin que perdiera el equilibrio—.



Se elevaron más y más y entonces Luli comenzó a dibujar una figura perfecta en el aire. ¡Estaba volando!



Atravesó una nube  
y luego otra. Y curioseando entre  
pirueta y pirueta, se fue encontrando  
con algunos de sus juguetes  
preferidos:

primero vio unos lápices de colores  
gigantes, disfraces, barcos, globos  
de colores y unos pícaros duendes  
que le indicaban por dónde seguir.



—Me encantan estos patines! —pensó—. —¿Estaré en un sueño?





En medio del vuelo, abrió sus ojos y vio que desde la vereda, Andrés y Sofía aplaudían con locura y le gritaban —¡Bravo, bravo!

Luli tomó los lápices de colores y con la fuerza de los patines les dedicó a sus amigos de Prado un hermoso arcoíris.



Cuando bajó, ellos aún sorprendidos, seguían aplaudiendo.



Luli se sintió tan feliz por haber vencido sus miedos, por haber creído en sus sueños, que invitó a Andrés y Sofía a pintar más dibujos en su casa, a jugar y a compartir una fresca merienda para celebrar una tarde inolvidable.

